

bolsa en la mano, que, por casualidad, estaba abierta.

Khrysis no se defendió ya.

Continuaba entretanto sus hábiles y peligrosas piruetas la joven acróbata. Marchaba de manos, con la faldeta vuelta abajo y los pies caídos delante de la cabeza, por entre cortantes espadas y largas puntas agudas. Su incómoda postura y acaso también el temor de herirse le hacían afluir á las mejillas sangre calurosa y obscura, que daba aún mayor brillo á sus ojos abiertos. Su talle se plegaba, para tornar á erguirse. Sus piernas temblaban á veces y una inquieta respiración agitaba el desnudo pecho.

—¡Basta!—dijo Khrysis con voz breve—. Me has enervado y nada más. ¡Déjame, déjame!...

Y en el momento que las dos efesias se ponían en pie para tocar, según la tradición, la *Fábula de Hermafrodita*, se deslizó del lecho y salió febrilmente.

### III

#### Rhakofis

A PENAS cerrada la puerta, Khrysis se puso la mano sobre el centro inflamado de su deseo, como oprimimos la parte que nos duele para atenuar las punzadas. Luego, apoyó un hombro contra una columna y se retorció los dedos, sofocando sus gritos.

¿Nunca iba á saber nada?

A medida que pasaban las horas, la improbabilidad de su triunfo aumentaba para ella. Pedir bruscamente el espejo era un medio por demás atrevido de conocer la verdad. En caso de haber desaparecido el espejo, atraería sobre ella las sospechas y se perdería. Pero como tampoco le era posible ya contenerse, su impaciencia le hizo abandonar la sala.

Timón, con sus torpezas, sólo había logrado exasperar su rabia muda hasta una excitación trémula que la forzaba á aplicar el cuerpo contra la fría columna lisa y monstruosa.

Sintió miedo de que la acometiera un ataque de nervios, y llamó á la esclava Aretias:

—Guárdame mis joyas; voy á salir.

Y descendió los siete peldaños.

Estaba cálida la noche. Ninguna ráfaga refrescó las gruesas gotas de sudor que le corrían por la frente. La desilusión que acababa de sufrir acrecía su malestar y la hacía tambalearse.

Siguió marchando por la calle.

Hallábase situada la casa de Bakkhís á la extremidad de Broukhion, en el límite de la ciudad indígena de Rhakotís, enorme aglomeración de marineros y de egipcias. Los pescadores, que dormían sobre los barcos anclados durante el calor sofocante del día, iban á pasar aquí las noches hasta el alba, y por embriagarse doblemente, dejaban á las rameras y á los vendedores de vino el producto de los pescados de la víspera.

Khrysis penetró en las callejuelas de esta Suburra alejandrina, llena de voces, de movimiento y de música bárbara. Miraba furtivamente por las puertas abiertas las piezas apestadas con el humo de las lámparas, en donde se unían las parejas desnudas. En las encrucijadas, sobre tabladós bajos puestos al frente de las casas, crujían los jergones multicolores, agitándose en la sombra bajo el doble peso humano. Khrysis caminaba llena de turbación. Una mujer sin amante la solicitó. Un viejo le tentó los pechos. Una madre le ofreció á su hija. Un campesino alelado le besó la nuca. Ella huía, con una especie de ruboroso recelo.

Esta ciudad extranjera dentro de la ciudad griega se le antojaba preñada de obscuridad y de peligros. Apenas conocía su extraño laberinto, la complejidad de sus calles, el secreto de ciertas casas.

Cuando se aventuraba por allí, muy de tarde

en tarde, seguía siempre el mismo camino directo hacia una puertecilla roja, donde olvidaba á sus amantes de diario bajo el apretón infatigable de un arriero joven de robustos músculos que ella tenía la alegría de pagar á su vez.

Pero esta noche, sin volver siquiera la cabeza, se sintió seguida por unos dobles pasos.

Apresuró vivamente su marcha, y los dobles pasos también se apresuraron. Echó á correr, y corrieron tras ella. Entonces, como loca, tomó por otra callejuela, luego por otra en sentido contrario, y á continuación por una vía larga de dirección desconocida.

Seca la garganta, hinchadas las sienes, sostenida por el vino de Bakkhís, seguía huyendo, ora á la derecha, ora á la izquierda, pálida, extraviada.

Por último, una pared le cerró el paso: hallábase en un callejón sin salida. A toda prisa quiso retroceder, pero dos marineros de manos renegridas le cerraron el estrecho paso.

—¿Adónde vas, flechita de oro?—díjole riendo uno de ellos.

—¡Déjame pasar!

—¿Eh? ¿Te has perdido, chiquilla? Se ve que no conoces bien á Rhakotís, ¿no es cierto? Te enseñaremos la ciudad.

Y ambos la cogieron por la cintura. Ella gritó, se debatió, lanzó un puñetazo, pero el otro marinero le sujetó los dos brazos de una vez con la mano izquierda y dijo con calma:

—¡Quietecita! Bien sabes que nadie quiere á los griegos por aquí. No habrá quien te ayude.

—¡Yo no soy griega!

—Mientes, porque tienes blanca la piel y la nariz recta. Déjate manejar, si le temes al palo.

Khrysis miró al que hablaba, y rápida, le saltó al cuello.

—Tú me gustas; te seguiré—le dijo.

—Nos seguirás á los dos. Mi amigo tendrá su parte. Camina con nosotros; no te arrepentirás.

¿Adónde la llevaban? No lo sabía; pero el segundo marinero le había gustado por su rudeza y su testa de bruto. Lo iba examinando con la mirada imperturbable de las perras pequeñas delante de la carne, y doblaba el cuerpo hacia él para rozarle al andar.

Recorrieron con rápido paso barrios extraños, sin vida ni luces.

Khrysis no acertaba á comprender cómo podían estos hombres encontrar su camino en un dédalo sombrío de donde ella sola no hubiera podido salir: tan intrincadamente enmarañadas eran las callejuelas. Le espantaban las puertas cerradas, las ventanas vacías, la sombra inmóvil. Sobre su cabeza, entre las casas aproximadas, se extendía una pálida faja de cielo, invadido por la luz de la luna.

Al fin entraron nuevamente en el bullicio. Al volver una calle, súbitamente aparecieron ocho, diez, once luces. Eran puertas alumbradas, en donde estaban en cuclillas jóvenes nabateanas, entre dos lámparas rojas que alumbraban desde abajo sus cabezas encapirotadas de oro.

A lo lejos sonaba al principio un murmullo creciente, luego un estrépito de carros, de bultos arrojados al suelo, de pisadas de asnos y de voces humanas. Era la plaza de Rhakotís, en la que se concentraban, durante el sueño de Alejandría, todas las provisiones acumuladas para

la alimentación de novecientas mil bocas en un día.

Atravesaron la plaza á lo largo de las casas, entre montones verdes, legumbres, raíces de lotos, habas brillantes y canastos de aceitunas. Khrysis arrebató de un montecillo violeta un puñado de moras y las devoró sin detenerse. Llegaron por fin frente á una puerta baja, y los marineros descendieron con Aquella para quien habían sido robadas las Verdaderas Perlas de la Anadiomena.

Había allí una inmensa sala. Quinientos hombres del pueblo, en espera del día, bebían tazas de cerveza amarillenta, comían higos, lentejas, pasteles de sésamo ó pan de olira. En medio de ellos hormigueaba una turba de mozuelas chillonas, todo un campo de cabellos negros y de flores multicolores bajo una atmósfera de fuego. Eran pobres meretrices sin hogar, que pertenecían á todos, y venían allí á mendigar las sobras, con los pies descalzos, los pechos al aire, mal cubiertas con un andrajo azul ó rojo sobre el vientre y las más de ellas sosteniendo con el brazo izquierdo un niño envuelto en harapos. Había también bailarinas, seis egipcias sobre un estrado, con una orquesta de tres músicos, dos de los cuales tocaban tamboriles con unas varitas, en tanto que el tercero agitaba un gran sistro de bronce sonoro.

—¡Oh! ¡confites de endrino!—exclamó Khrysis con júbilo.

Y le compró por dos monedillas á una chicuela que los vendía.

Pero de pronto se sintió desfallecer por el olor tan intolerable de aquella pocilga, y los marineros la sacaron en brazos.

Al contacto del aire exterior se repuso un poco

—¿Adónde vamos?—les dijo en tono suplicante—. Acabemos pronto, porque no puedo ya andar. No me resisto, ya lo veis, soy buena. Pero busquemos un lecho lo más pronto posible, pues de lo contrario me caeré en la calle.

## IV

## Bacanal en casa de Bakkhís

CUANDO volvió á verse frente á la puerta de Bakkhís, estaba invadida por la deliciosa sensación que dan la saciedad del deseo y el silencio de la carne. Se le había aligerado el frente. Su boca se había endulzado. Sólo un dolor intermitente le corría aún por el hueco de sus costados. Subió los escalones y transpuso el umbral.

Después que Khrysis hubo salido de la sala, la orgía se había desarrollado como una llama.

Nuevos amigos habían entrado, para los cuales fueron presa fácil las doce bailarinas desnudas. Cuarenta coronas marchitas cubrían de flores el piso y un odre de vino de Siracusa se había derramado en un rincón, formando un río dorado que iba acercándose á la mesa.

Filodemo, al lado de Faustina, le desgarraba la túnica, mientras recitaba cantando los versos que había hecho en su honor.

—¡Oh pies!—le decía—¡oh muslos dulces, costados profundos, redondas nalgas, higo entreabierto, caderas, hombros, pechos, movable

nuca! ¡Oh vosotras, enloquecedoras manos ardientes, movimientos expertos, activa lengua! Eres romana, eres morena, y no cantas los versos de Safo; pero también el mismo Perseo ha sido amante de la indiana Andrómeda (1).

Seso, entretanto, acostada de vientre sobre la mesa entre frutas aplastadas y completamente aturdida por los vapores del vino de Egipto, se humedecía el pezón del seno derecho en nieve y repetía con enternecimiento cómico:

—Bebe, chiquito. Tienes sed. Bebe, chiquito. Bebe, bebe, bebe.

Afrodisia, esclava todavía, triunfaba entre un corro de hombres, festejando su última noche de servidumbre con un frenesí desordenado. Para obedecer á la tradición de todas las orgías alejandrinas, se había entregado, desde luego, á tres amantes al mismo tiempo; pero su tarea no terminaba aquí, sino que, hasta que la noche acabase, conforme á la ley de las esclavas que se hacían cortesanas, debía probar con un celo infatigable que no usurpaba su nueva dignidad.

Solos y de pie tras una columna, Naukrates y Frasilas discutían cortésmente acerca del respectivo mérito de Arkesilas y de Karneade.

En el otro extremo de la sala, Myrtokleia protegía á Rhodis contra un convidado en extremo apremiante.

Al ver entrar á Khrysis, corrieron á ella las dos efesias.

—Vámonos, Khryse mía. Teano se queda; pero partamos nosotras.

—Yo también me quedo—dijo la cortesana.

(1) Filodemo, AP. V. 132.

Y se tendió de espaldas sobre un gran lecho cubierto de rosas.

Un rumor de voces y de monedas atrajo su atención. Era que Teano, por parodiar á su hermana, había imaginado, entre las risas y los gritos de los demás, representar por irrisión la *Fábula de Dánae*, simulando una loca voluptuosidad á cada moneda de oro que penetraba entre sus piernas. La impiedad provocante de la joven, que se mantenía acostada, divertía á todos los convidados, pues ya no eran aquéllos los tiempos en que los rayos podían exterminar á los que se burlaran del inmortal. Pero el juego se desvió, como era de temerse. Algún torpe hirió á la pobrezuela, que se puso á llorar estrepitosamente.

Hubo que inventar otra diversión para consolarla. Dos bailarinas arrastraron hasta el centro de la sala una enorme crátera de plata dorada llena de vino hasta los bordes, y alguien, cogiendo á Teano de los pies, la hizo beber cabeza abajo, sacudida por una carcajada que no podía reprimir.

Obtuvo tal éxito esta idea, que todos se acercaron, y cuando volvió la flautista á estar en pie, cuando le vieron la diminuta cara inflamada por la congestión y chorreando vino, se apoderó de los asistentes tan general hilaridad, que Bakhís dijo á Selené:

—¡Un espejo! ¡un espejo! ¡Que pueda verse así!

Una esclava trajo un espejo de bronce.

—¡No, ese no! El espejo de Rhodopis vale la pena.

De un solo salto se irguió Khrysis.

Una oleada de sangre ascendió á sus mejillas,

para descender luego, y la joven quedó densamente pálida, con el pecho agitado por las palpitaciones de su corazón, clavados los ojos en la puerta por donde la esclava había salido.

Este era el instante decisivo de su vida. Iba á desvanecerse ó á realizarse la postrera esperanza que le quedaba.

A su alrededor continuaba la fiesta. Una corona de iris, lanzada no se sabía de dónde, la golpeó en la boca, dejándole un acre sabor de polen en los labios. Un hombre le derramó sobre los cabellos un frasquito de perfume, que corrió con rapidez mojóndole los hombros. Las salpicaduras de una copa desbordante en que arrojaron una granada le mancharon la túnica de seda y penetraron hasta su piel. La joven ostentaba con magnificencia todas las suciedades de la bañal.

La esclava que había salido no volvía.

Khrysis conservaba su palidez marmórea y la inmovilidad de una diosa esculpida. La queja rítmica y monótona de una mujer en plena fiebre amorosa que estaba cerca de ella le medía el tiempo transcurrido. Le pareció que esta mujer estaba gimiendo así desde la víspera. Le acometían deseos de retorcer algo, de estrujarse los dedos, de gritar.

Al fin regresó Selené con las manos vacías.

—¿Y el espejo?—interrogó Bakkhís.

—Está... no está ya... ha sido... ha sido... robado—tartamudeó la esclava.

Bakkhís lanzó un grito tan agudo que todos callaron y un espantoso silencio interrumpió bruscamente el estrépito.

De todos los puntos del vasto salón acudie-

ron hombres y mujeres, y sólo quedó un reducido espacio vacío en el que estaba Bakkhís con los ojos extraviados ante la esclava, que había caído de rodillas.

—¡Habla!... ¡habla!...—aulló ella.

Y como no contestase Selené, la cogió violentamente por el cuello.

—Tú me lo has robado, ¿no es cierto? ¡Responde, ó te haré hablar á latigazos, miserable perra!

Entonces pasó una cosa terrible. La joven, aterrorizada por el miedo, el miedo de sufrir, el miedo de morir, que era el terror más apremiante que conocía, dijo con voz precipitada:

—¡Fué Afrodísia! ¡No he sido yo, no he sido yo!

—¡Tu hermana!

—¡Sí, sí!—dijeron las mulatas con envidia—. Afrodísia lo tomó.

Y arrastraron hacia Bakkhís á su hermana, que acababa de desmayarse.